

de la madre Tradición eran también vencidos en el Teatro Francés, no les restaría ya ningún baluarte.

*Hernani* saldría á tablas el 25 de Febrero. Ese año de 1830 sería nuestro pabellón de gloria ó nuestra mortaja sepulcral. Quedaría la corona de mirto sobre las calvas de notario de Scribe y Casimiro Delavigne, ó sobre la cabeza olímpica del maestro joven.

Todos listos. Cada uno de nosotros se ingeniaba por abofetear á rarezas el pudor de las *momias*. Cuando apareció en las butacas la figura de Gautier, hubo un rezongo de estupor. Para las calvas, ese joven crinado era el conde d'Orsay de lo ridículo. Qué escándalo! Ese sí que era el colmo de la extravagancia! Cómo aplacar los irritados manes de Apolo y de Melpómene!... Ese Gautier, con su cabellera de montaña virgen, con su cara de reto, sus ojos irradiando insolencia y su rojo *pourpoint* emballenado, iba á ser causa de todas las furias apolíneas.

Era preciso acabar con aquellos mozuelos empecinados. "Que su bandera sea desgarrada y que el polvo ensucie para siempre el color de los jirones!" Tal pensaban. Y sus aprestos para la noche del combate eran de poner miedo en el ánimo de Tirante el Blanco. "Nada de temblores!, vociferaba un compañero nuestro—Philothéc O'Neddy;—nosotros somos los salteadores del pensamiento!" Y si nos hubierais visto, señor!..... El mayor no doblaba los veinticinco. Y los había de quince! Las efebias haciendo de leoneras!

Y, sin embargo, la lucha prometía ser tremenda. Y lo fué. Lucha de razas primitivas, lucha ramayánica, en que *Hernani*, como una gloriosa enseña disputada, era arrebatado por los unos para hundirle las uñas, y por los otros para poner en su rostro los ósculos de la adoración.

—Salvajes!..... Cómo rompen el ritmo, cómo enturbian la lengua!.....

—Oh genio!..... Oh maestro! Cómo sur-

ca con el ala de la libertad los espacios de la ingente belleza!

—¡Horror!.....

—¡Admirable!..... ¡Divino!.....

Los correctos gritan espantados, frente á la irremediable catástrofe. Nosotros, ebrios de ideal, gritamos ante la visión de la victoria próxima, con la furia del agua ante los diques.

Llegaron por fin los frenesíes del triunfo. Salimos á pasear nuestro lábaro, que aleteaba victoriosamente. *Hernani* era para nosotros el sacro soplo, creación de un genio que nos abrasaba en una hoguera inextinguible de admiración y latría. *Hernani* vió la luz bajo los cielos de Iberia, en algún cubil de héroes que tuviese por nombre Covadonga. Sol de una constelación de romanceros, hijo de Amadis y hermano de Espladián. Tigre y paloma. En la palestra, vampiro cuya lengua de acero chupa la sangre y mata; y en el hogar, bálsamo que cae sobre la misma llaga que él abrió en leal combate; brazo que derrama la sangre de sus venas en defensa de ignorados pudores ó desamparos infantiles.

La silueta de *Hernani* cruzaba nuestros cerebros febriles á horcajadas en un Bucéfalo fantástico. Su aire de rey nos hechizaba. Su frase altiva y generosa, su capa heroica, terciada sobre el hombro; su mano fuerte y ágil, flameando el hierro, como la de un Rodrigo de Vivar, nos llenaban el seso de bélicos ardores y de ansias de cruzada. Y, sobre nuestras embriagueces y exultaciones, caía el chorro de luz de las imágenes y el zigzag relampagueante de la antítesis.

Hoy, señor, nuestro imperio es absoluto. Nuestro rito es el único. En el cielo glorioso habemos cien cabezas aureoladas de inmortalidad: Hugo el Tonante (¡oh Padre!), Lamartine, Musset, Banville..... Oh ¡cuántos!.....

Y, sin embargo..... más quisiera los tiempos de la lucha, porque entonces mi juventud crepitaba en el acero y echaba